



Ὁ Μητροπολίτης Μπουένος Άϊρες Ἰωσήφ

HOMILIA

Domingo V de los ayunos

*“ὁ υἱὸς τοῦ ἀνθρώπου οὐκ ἦλθε διακονηθῆναι, ἀλλὰ διακονῆσαι”
“el hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir”*

Jesús reúne a sus discípulos para describirles de antemano lo que ha de suceder con él. Con detalle le relata los eventos de su pasión, muerte y resurrección. Luego de su explicación dos de sus discípulos, Juan y Santiago le piden un favor al Maestro: *“concédenos que nos sentemos a la derecha y a la izquierda de tu gloria”* -expresan con una cándida naturalidad los seguidores.

El Cristo-Mesías es tajante: *“no saben lo que piden”*. ¿Es que los seguidores no comprenden las palabras de Jesús? ¿Qué interpretan? Difícil de responder, aunque por la naturaleza del pedido y lo categórico de la respuesta uno intuye que existe un problema en la comprensión o interpretación de las palabras del Maestro.

Luego lo aclara el mismo Jesús en la siguiente parénesis que le da a los interesados y a los demás discípulos molestos por la ingenua pasión y lo desvergonzado de la actitud: *“vieron -dice Jesús- que los que aspiran a regir las naciones las dominan y de entre ellos los grandes señores los dominan; que no sea, pues, así entre vosotros, sino que el que quiera ser entre vosotros primero que sea vuestro servidor, y quien quiera ser grande entre vosotros que se haga el siervo de todos”*.

Esta exhortación viene a calmar los ánimos de los demás apóstoles y a corregir la actitud de los hijos de Zebedeo. Jesús viene a **subvertir** la ley de la naturaleza animal que rige en los hombres, aquella que dicta la imposición del más fuerte sobre el más débil. De acuerdo a ésta, el más potente, es aquel que se sobrepone sobre los más endebles y los somete. Esta ley es la que rige al hombre que permanece en su naturaleza caída. Se evoca necesariamente el instinto de auto-conservación y, claro está, de supervivencia en la **“arena”** de la vida. Esta ley, fruto de la vivencia dualista de la realidad y de toda la vida, es necesaria para poder sobreponerse en un mundo percibido como pura competencia entre entes individuales que constantemente se están midiendo para poder sobrevivir a través de la sumisión del otro.

Es una ley feroz. La llaman la **“ley de la selva”**; es más bien la **“ley de la caída”**, de nosotros que aún aferrados a la negación de Dios y cautivos en aquella

distancia que nos separa, vemos las cosas solamente en relación a nosotros mismos. Esta es la **auto-referencialidad** que siempre invoco y denuncio como constante necesaria del hedonismo narcisista de las reproducciones adámicas que **desean** mantenerse en esta situación.

Volvemos una vez más al tema de las consecuencias de la caída ancestral y sus consecuencias en el hombre. Antes de la caída la referencia natural del hombre en todo sentido era Dios; ahora es el hombre mismo que se erige en el lugar y en el papel de su propio Creador, de acuerdo a la promesa de la serpiente. Y habiendo comido del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, se hace cautivo de este “*conocimiento*” que, en esta situación del hombre, se traduce en la continua **percepción dualista** de todas las cosas, bajo el parámetro **bueno-malo**.

La realidad, pues, deja de percibirse como antes y ahora es limitada a este criterio complejo: *bien-mal en relación al centro de todo que es el “ego” de cada individuo*. Deja el hombre de ser “**persona**” -que es ser un ser por naturaleza multi-relacional- para convertirse en un “**sujeto**”, es decir en un ser que se auto-individualiza, se particulariza, se subjetiviza y, por fin, se divide, se separa de todo el resto de la creación encerrándose en un universo exclusivo que tiene por objetivo (sobre-)vivir en el complejo juego de la realidad, tal como la percibe.

Gana el juego -vive, o mejor sobrevive- el más poderoso que somete al más frágil. En esta situación, como antes subrayé, el hombre calcula su accionar -pensamientos y emociones- de acuerdo al parámetro dual -bien/mal- respecto de sí mismo y procede análogamente. Todo lo que el sujeto considera bueno para sí mismo es, a su vez, deleitable, mientras que lo malo produce repulsión. El problema es la “*percepción-interpretación*” de lo que es bueno o malo, ya que ésta es siempre relativa solo al sujeto, a su particularidad, y no a la Unidad, que evoca al conjunto.

Esta tendencia, como estigma del pecado original, está en todos los hombres, y es así como los contrarios vestigios de la naturalidad primigenia luchan y se contraponen contra lo que es *contra-natura*, es decir contra el fracaso humano -ἀμαρτία- que es el insulto -ὑβρις- hacia Dios. Ya lo dice claramente el Apóstol: “*Así que, queriendo yo hacer el “bien”, hallo la **ley** de que el “mal” está presente en mí. Porque en el hombre interior me deleito con la ley de Dios, pero veo otra ley en los miembros de mi cuerpo que hace guerra contra la ley de mi mente, y me hace prisionero de la ley del pecado que está en mis miembros.*” (Rom. 7: 21-23)

Cristo viene a recordarnos de que esta ley se contrapone a la “**espontaneidad**” del “Reino”. En el “Reino” que Él inaugura no existe otra “ley” que aquella del **amor incondicional**, aquella que es la única cura para los estigmas de la naturaleza caída en nosotros: “*Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús **te ha libertado** de la ley del pecado y de la muerte.*”- dice nuevamente el Apóstol. (Rom. 8:2) Esta nueva ley es la **subversión** total y absoluta de la antigua – de aquella de la “**carne**” que refiere Pablo: “*Porque los que viven conforme a la carne, ponen la mente en las cosas de la carne, pero los que viven conforme al Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero **la mente puesta en el Espíritu es vida y paz**. La mente puesta en la carne es*

*enemiga de Dios, porque **no se sujeta a la ley de Dios**, pues ni siquiera puede hacerlo, y los que están en la carne no pueden agradar a Dios.” (Rom. 8:5-8)*

El amor incondicional -la ley de Dios- es la que **rectifica** y **redime** a la antigua tendencia del ego -la carne-, la individualidad, ya que altera sustancialmente su criterio: ahora la **auto-referencialidad** se convierte en “**teo-referencialidad**”, es decir, retorna el deseo primigenio a su legítimo “objeto” que es Dios y, a través de Aquel, a toda la humanidad y la creación. La dualidad de la percepción viene a ser unida y ahora todo es percibido, considerado, interpretado, no ya a través del falso binomio **bien-mal**, sino de la Unidad de la Deidad, en la cual se resumen y toman su verdadera hipóstasis todas las cosas.

La subversión -la rectificación- es clara: en el “Reino” el más grande es el más pequeño; el glorificado es el servidor; el primero es el último, porque el “Reino” es la última paradoja a la cual se enfrenta el hombre. Ser *pequeño, servidor, último, insignificante* de acuerdo a los parámetros del “mundo” -de la carne- es la garantía de que esa persona ha subvertido los criterios de la antigua ley -o está en proceso de ello- y entonces ama tal como Dios ama, y conoce tal como Dios conoce, y actúa como Dios actúa: *¡imitatio Christi! ¡imitatio Dei! “Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto” (Mt. 5:48).*

Es por ello que los hijos del Zebedeo no saben lo que piden. Les responde Jesús: *“sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde a mí darlo, sino a aquellos para los que les está preparado”*. ¿Y quienes son esos hombres? Responde el Apóstol: *“Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a Su propósito. Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser hechos conforme a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos. A los que predestinó, a esos también llamó. A los que llamó, a esos también justificó. A los que justificó, a esos también glorificó.” (Rom. 8:28-30)*

Y por fin concluye: *“Entonces, ¿qué diremos a esto? Si Dios está por (y con) nosotros, ¿quién estará contra nosotros?” (Rom. 8:31)*

Καλή συνέχεια! Καλόν στάδιον! Καλή Ανάσταση!